

NENÚFARES-FAROS

WATER LILIES-LIGHTHOUSES

JULIÁN RÍOS

Phares, nénuphars..., creí que recitaba, al empezar a recordar la noche de sus segundo nacimiento, como ella decía.

Nenúfares, faros: reflejos blanquecinos de bordes verdes y rosados que flotan por el agua negra. Se interpuso de pronto la visión de la primera visita –tendría unos seis años– a aquel museo con luces de acuario –la Orangerie–, titubeando en la penumbra junto al gigante que la guiaba hacia los reflejos verdes del estanque, perdida ante la extensa fluorescencia. Las luces de los autos volvían a alejarse rápidas, dejando por la noche flores encendidas.

El hervor verde, el verdor humeante, el vapor flotando sobre el magma esmeralda, entre capas verdeantes de las copas de los árboles: verdes oscuros con agujeros negros y, cuando los rayos del sol lograban colarse, verdes claros y luminosas manchas blancas. Creía divisar de nuevo la selva tropical, desde el avión que la alejaba de Río de Janeiro y del –creía entonces– hombre de su vida. Y la selva entera allá abajo se achataba en la hierba tierna que su cuerpo aplastaba bajo el peso de otro cuerpo, en una pradera de su adolescencia junto al Sena, y el temblor verdegay de las hojas de los tilos contra el azul del cielo reflejaba sus propios temblores.

El azul se aclaró brillante en la lejanía, hacia Greenwich, y las nubes algodonosas se hinchaban como velas impulsadas por el viento que ella seguía admirando desde el barco que la llevaba río abajo. Había iniciado la excursión en Embankment y un camarada del colegio en que ella intentaba mejorar su inglés, un barbudo belga dado a misticismos, se había sentado frente a ella, en la cubierta de popa, con las piernas cruzadas como un Buda. Y de pronto el ocaso le puso una aureola de santo.

Brotar de rojos, borbotones de amapolas, salpicaduras fluorescentes, al caer la noche en Times Square, cuando ella se protegía del diluvio bajo un paraguas transparente.

La luz violeta, violenta, despedazando figuras danzando en la discoteca flotante, por el Sena, mientras ella se contorsiona frente al estrado en que la go-go girl anguila se retuerce, guirnalda de miembros, bajo los focos, ofrenda sus senos rosáceos violáceos, las caderas candentes, las nalgas que ondulan, reculando culo contra culo, flashes de blancura nacarada, duplicando las curvas caleidoscópicamente. Y ella de madrugada, tiritando en su minivestido rosa y verde, se asoma por la borda y arroja el cóctel verde bilis al Sena siena.

Phares, nénuphars ... I thought I was reciting as I began to remember the night of her second birth, as she used to say.

Water lilies, lighthouses: whitish reflections with green and pink edges, floating on the black water. Then, all at once, a vision got in the way; a vision of the first visit – I'd be about six – to that museum with aquarium lighting - *L'Orangerie* – dithering in the shade next to the giant who guided her to the pond's green reflections, where she felt bedazzled by the all-embracing fluorescence. Car lights started to vanish again in a flash, leaving the flowers alight in the night.

Foaming green, wispy green, mist floating on the emerald magma amid the greening mantles of the treetops: dark greens with black holes and, when the sun's rays manage to shine through, light greens and blotches shining white. I thought that I was seeing the tropical forest again from the plane which carried her away from Rio de Janeiro and, or so I thought at the time, from the man of her life. And, down below, the whole forest shrunk into the tender grass, flattened by her body under the weight of another body, in a meadow of her youth just by the Seine, and the verd gay trembling of the leaves of the linden trees against the blue of the sky was a reflection of her own trembling.

The blue shone brightly in the distance, over towards Greenwich, and the cotton wool clouds billowed like sails driven by the wind, which she continued to relish from the boat that was carrying her downstream. She had started the trip at Embankment and a schoolmate, whose English she was trying to improve, a bearded Belgian given to mysticism, had sat opposite her on the poop deck, seated in the lotus position like a Buddha. And suddenly the dusk crowned him with a saint's halo.

An outburst of reds, bubbling poppies, fluorescent splatterings at nightfall in Times Square, as she sheltered from the rain under a transparent umbrella. Violet, violent light, slicing through the figures dancing in the floating discotheque as it sailed down the Seine, while her body serpentine before the stage where the eel-like go-go girl writhes and coils, a garland of appendages under the spotlight, offering up her pinkish, violet breasts, her burning hips, her rippling buttocks, drawing bottom to bottom, flashes as white as mother-of-pearl, repeating the curves like a kaleidoscope. And in the small hours of the morning, quivering in her red and green mini-dress, she leans over the edge and heaves the bile-green cocktail into the sienna Seine.

Este personaje de una novela en marcha no puede saber que sus visiones o iluminaciones, mientras se desangra a orillas de la Ciudad Luz, vienen de unas imágenes luminosas de Daniel Ybarra.

Al ver las primeras, reví los nenúfares de Monet, en un flash, cultivados bajo otras luces, por otros medios.

Vivo frente al Sena y al paisaje que pintó incansablemente Monet, en realidad un Monet cambiante cada día, a cada momento, y soy un espectador especialmente sensible a esa acción de la luz, a las series y metamorfosis cambiantes que crea tenazmente el tiempo ante un mismo motivo, que me gusta llamar "lightmotif".

Goya observó con su habitual perspicacia que el tiempo también pinta. Y pinta además con la luz, con los colores de las horas, los tonos de las estaciones. Monet, que era todo ojos, vio maravillosamente, por ejemplo en sus series de las catedrales o de los almiares, y por ende en su edén sin fin de Giverny, que el artista pinta con la luz, con la complicidad y complejidad de la luz.

Las iluminaciones y eliminaciones sucesivas de Daniel Ybarra participan, depuradamente, del mismo espíritu creativo. Ya que no un hágase la luz, hágase la obra con la luz nuestra de cada día, porfiadamente.

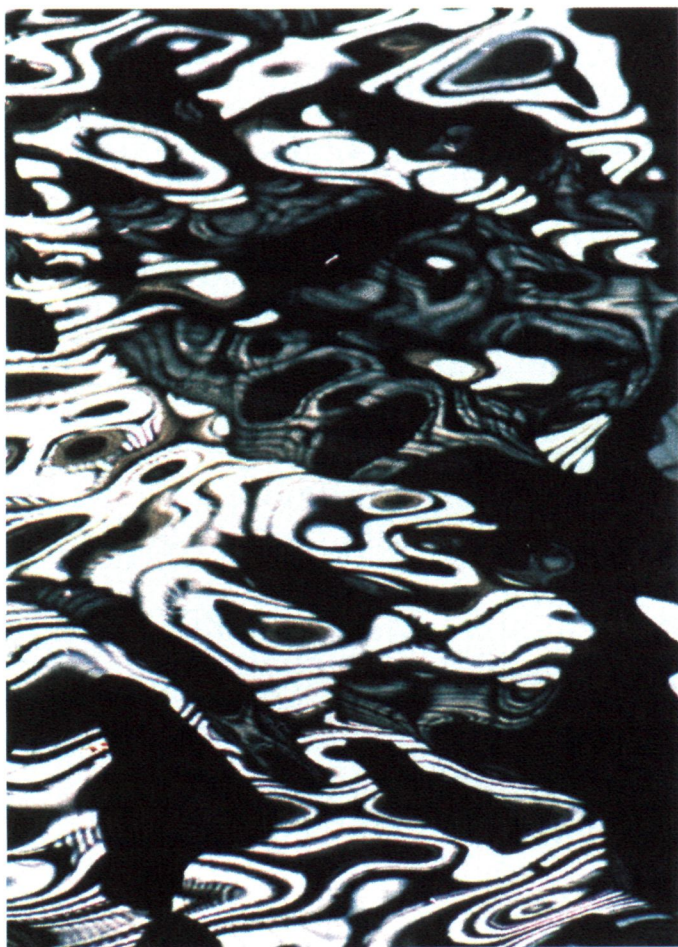
This character of a novel in progress cannot know, as he bleeds to death on the banks of the City of Light, that his visions or illuminations come from the luminous images of Daniel Ybarra.

On seeing the first ones, in a flash, I re-saw the water lilies of Monet, cultivated under different lights by different means.

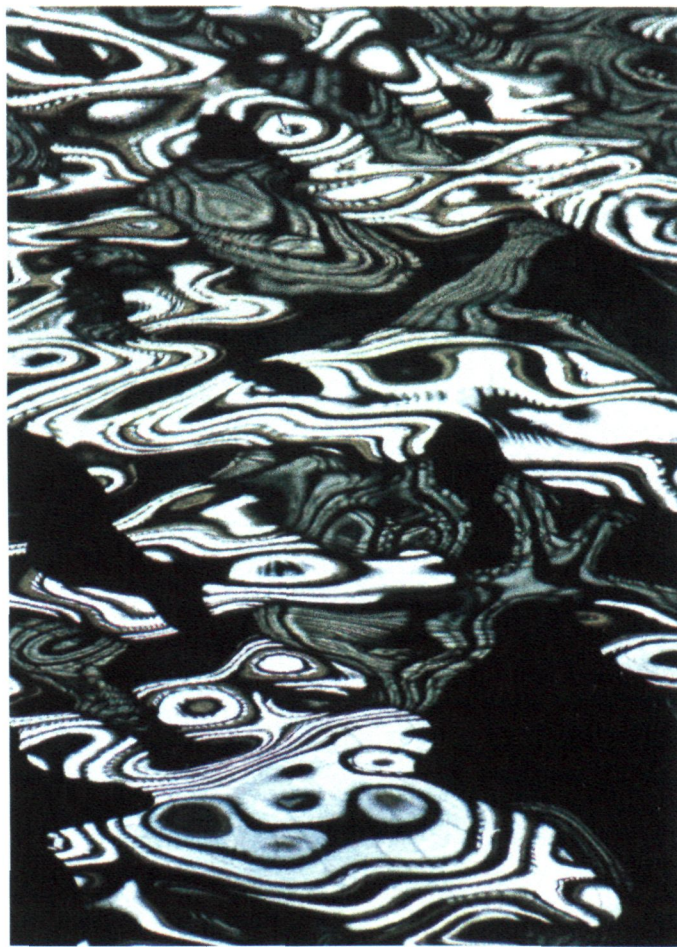
I live opposite the Seine and the landscape tirelessly painted by Monet, really a Monet who changed every day at every instant, and I am a spectator who is particularly sensitive to that action of light, to the changing series and metamorphoses tenaciously created by time in the face of the same motif, which I like to call *lightmotif*.

With his characteristic perceptiveness, Goya observed that time paints too. Moreover, it paints with light, with the colours of the hours, the hues of the seasons. Marvellously, in his cathedral and hayrick series and therefore, in his eternal Eden at Giverny, Monet, whose eyes didn't miss a thing, saw, for instance, that the artist paints with light, with the complicity and complexity of light.

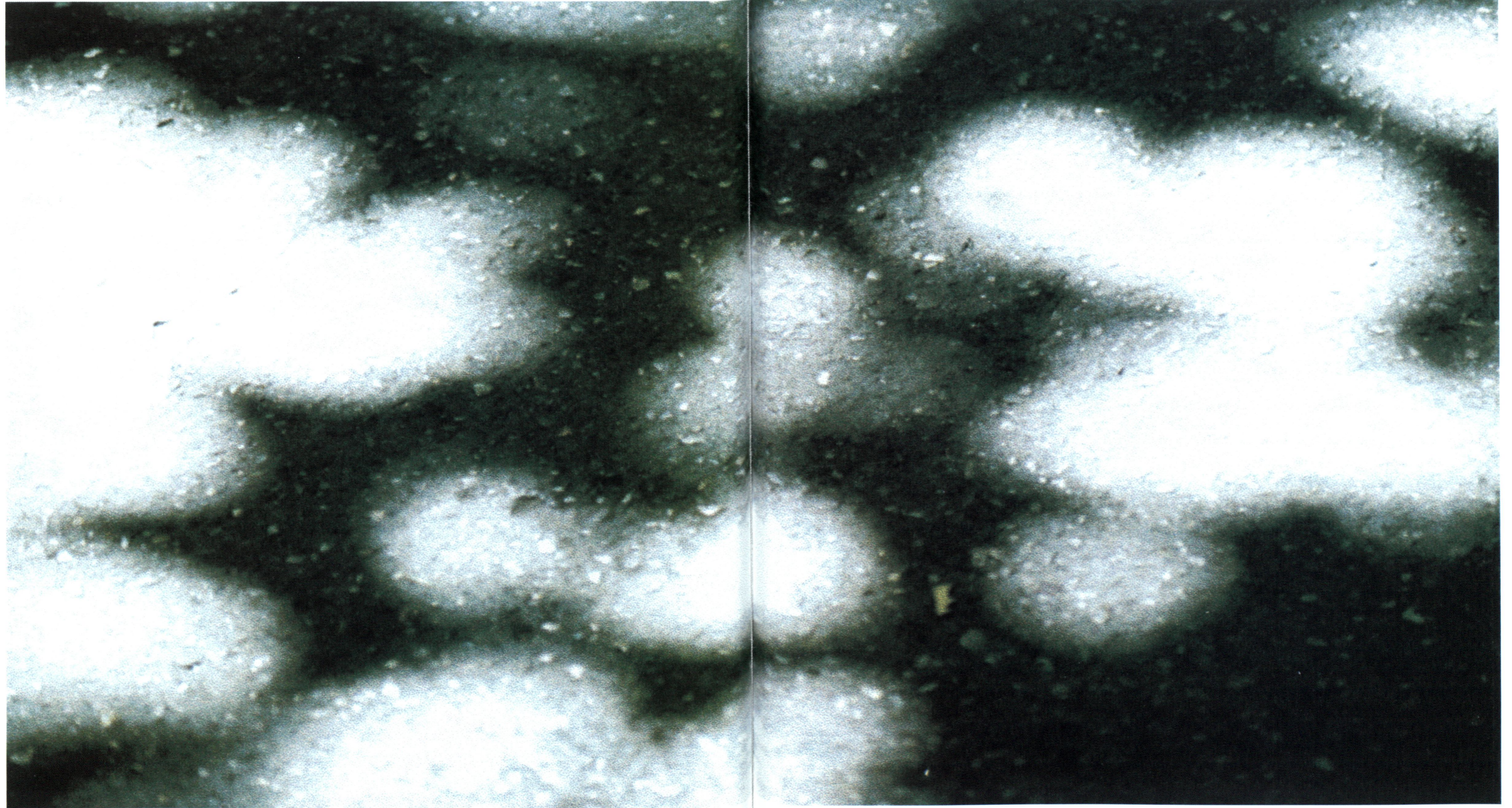
Daniel Ybarra's successive illuminations and eliminations share the same creative spirit and do so discriminatingly. As there cannot be a *Let there be light*, let there be work done with the light we see every day, for the sake of a challenge.



Nenúfares-faros, 2002. Serie Barcelona nº 4. Fotopintura sobre tela |
Photopainting on cloth, 115 x 83 cm.



Nenúfares-faros, 2002. Serie Barcelona nº 5. Fotopintura sobre tela |
Photopainting on cloth, 115 x 83 cm.



Nenúfares-faros IV, 2002. Fotopintura sobre tela | Photopainting on cloth, 100 x 190 cm.